



Guy de Maupassant

El viejo Milon

E LEJANDRIA

Guy de Maupassant

El viejo Milon

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL VIEJO MILON

GUY DE MAUPASSANT

PUBLICADO: 1899

FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: OLLENDORFF, PARÍS, 1904

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL VIEJO MILON

Desde hace un mes, el sol generoso arroja sobre los campos su llama abrasadora. La vida radiante brota bajo este chaparrón de fuego; la tierra es verde hasta donde alcanza la vista. Hasta los confines del horizonte, el cielo es azul. Las granjas normandas, diseminadas por la llanura, parecen desde lejos pequeños bosques, cercados por su cinturón de esbeltas hayas. De cerca, cuando se abre la barrera carcomida, uno cree ver un jardín gigante, pues todos los añosos manzanos, huesudos como los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, ganchudos, tortuosos, alineados por el corral, despliegan bajo el cielo sus cúpulas resplandecientes, blancas y rosadas. El dulce perfume de sus flores se mezcla con los densos olores de los establos abiertos y con los vapores del estiércol que fermenta, cubierto de gallinas.

Es mediodía. La familia come a la sombra del peral plantado 1 delante de la puerta: el padre, la madre, los cuatro hijos, las dos criadas y los tres mozos. Apenas se habla. Comen la sopa, y luego descubren la fuente de estofado lleno de patatas con tocino.

De vez en cuando, una criada se levanta y va a la bodega a rellenar la jarra de sidra.

El hombre, un tipo alto de cuarenta años, contempla, adosada a su casa, una vid que ha quedado, frondosa, y que corre, retorcida como una serpiente, bajo las contraventanas, a lo largo de todo el muro.

Dice al fin:

—La viña del padre brota pronto este año. A lo mejor da algo.

La mujer también se vuelve y mira, sin decir palabra.

Esa vid está plantada justo en el lugar donde el padre fue fusilado.

*
**

Fue durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban todo el país. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, les hacía frente.

El estado mayor prusiano se había instalado en aquella granja. El viejo campesino que la poseía, el tío Milon, Pierre, los había recibido e instalado lo mejor que pudo.

Desde hacía un mes, la vanguardia alemana permanecía en observación en el pueblo. Los franceses seguían inmóviles, a diez leguas de allí; y, sin embargo, cada noche desaparecían ulanos.

Todos los exploradores aislados, los que enviaban a hacer rondas, cuando partían apenas de dos en dos o de tres en tres, no regresaban jamás.

Los recogían muertos, por la mañana, en un campo, al borde de un corral, en una zanja. Sus propios caballos yacían a lo largo de los caminos, degollados de un sablazo.

Estos asesinatos parecían cometidos por los mismos hombres, a los que no se podía descubrir.

El país fue aterrorizado. Se fusiló a campesinos por una simple denuncia, se encarceló a mujeres; se quiso obtener, mediante el miedo, revelaciones de los niños. No se descubrió nada.

Pero he aquí que una mañana, encontraron al tío Milon tendido en su establo, con la cara surcada por un tajo.

Dos ulanos destripados fueron hallados a tres kilómetros de la granja. Uno de ellos aún empuñaba su arma ensangrentada. Había luchado, se había defendido.

Habiéndose constituido de inmediato un consejo de guerra, al aire libre, frente a la granja, trajeron al viejo.

Tenía sesenta y ocho años. Era bajo, delgado, un poco encorvado, con unas manos grandes parecidas a pinzas de cangrejo. Su cabello apagado, ralo y ligero como el plumón de un pato joven, dejaba ver por todas partes la piel del cráneo. La piel morena y plegada del cuello mostraba unas venas gruesas que se hundían bajo las mandíbulas y reaparecían en las sienes. En la comarca pasaba por avaro y difícil en los negocios.

Lo pusieron de pie, entre cuatro soldados, frente a la mesa de la cocina sacada afuera. Cinco oficiales y el coronel se sentaron frente a él.

El coronel tomó la palabra en francés:

—Tío Milon, desde que estamos aquí, no hemos tenido más que elogios para usted. Siempre ha sido complaciente e incluso atento con nosotros. Pero hoy pesa sobre usted una acusación terrible, y es preciso que se aclare todo. ¿Cómo se hizo la herida que lleva en la cara?

El campesino no respondió nada.

El coronel prosiguió:

—Su silencio lo condena, tío Milon. Pero quiero que me responda, ¿me oye? ¿Sabe usted quién ha matado a los dos ulanos que se han encontrado esta mañana cerca del Calvario?

El viejo articuló con claridad:

—He sido yo.

El coronel, sorprendido, se calló un segundo, mirando fijamente al prisionero. El tío Milon permanecía impassible, con su aire embrutecido de campesino, los ojos bajos como si hablara con su párroco. Una sola cosa podía revelar una turbación interior, y era que tragaba saliva una y otra vez, con un esfuerzo visible, como si tuviera la garganta completamente atenazada.

La familia del hombre, su hijo Jean, su nuera y dos niños pequeños, se mantenían a diez pasos detrás, espantados y

consternados.

El coronel reanudó:

—¿Sabe usted también quién ha matado a todos los exploradores de nuestro ejército que encontramos cada mañana, por el campo, desde hace un mes?

El viejo respondió con la misma impasibilidad de bruto:

—He sido yo.

—¿Usted los ha matado a todos?

—A todos, sí, he sido yo.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

—Dígame cómo lo hacía.

Esta vez el hombre pareció conmoverse; la necesidad de hablar largo y tendido lo incomodaba visiblemente. Balbuceó:

—¿Y yo qué sé? Lo hice según se dio.

El coronel insistió:

—Le advierto que tendrá que contármelo todo. Así que hará bien en decidirse de inmediato. ¿Cómo empezó?

El hombre lanzó una mirada inquieta a su familia, que observaba atenta detrás de él. Vaciló un instante más y, de repente, se decidió.

—Volvía yo una noche, serían quizá las diez, al día siguiente de llegar ustedes. Ustedes, y sus soldados, me habían quitado forraje por más de cincuenta escudos, con una vaca y dos carneros. Y me dije: «Tantas veces como me quiten veinte escudos, tantas se las he de devolver». Y además tenía otras cosas en el corazón, que ya les diré. Y he aquí que veo a uno de sus jinetes fumando en pipa junto a mi zanja, detrás del granero. Fui a descolgar mi guadaña y volví pasito a paso por detrás, que ni me oyó. Y le corté la cabeza de un solo tajo, de uno solo, como una espiga, sin que dijera ni mu. No

tienen más que buscar en el fondo de la charca: lo encontrarán en un saco de carbón, con una piedra del cercado.

»Ya tenía mi idea. Le quité todas sus pertenencias, desde las botas hasta el gorro, y las escondí en el horno de yeso del bosque de Martin, detrás del corral.

El viejo se calló. Los oficiales, perplejos, se miraban. El interrogatorio se reanudó; y he aquí lo que averiguaron.

*
**

Una vez cometido su asesinato, el hombre había vivido con este pensamiento: «¡Matar prusianos!». Los odiaba con un odio solapado y encarnizado de campesino avaro y también patriota. Tenía su idea, como él decía. Esperó algunos días.

Le dejaban libertad para ir y venir, para entrar y salir a su antojo, tan humilde, sumiso y complaciente se había mostrado con los vencedores. Ahora bien, veía partir cada noche a los mensajeros; y salió, una noche, habiendo oído el nombre del pueblo al que se dirigían los jinetes, y habiendo aprendido, en su trato con los soldados, las pocas palabras de alemán que necesitaba.

Salió de su corral, se deslizó en el bosque, llegó al horno de yeso, penetró 2 en el fondo de la larga galería y, tras encontrar en el suelo las ropas del muerto, se las vistió.

Entonces se puso a merodear por los campos, arrastrándose, siguiendo los taludes para ocultarse, escuchando los menores ruidos, inquieto como un cazador furtivo.

Cuando creyó llegada la hora, se acercó al camino y se escondió en 3 unos matorrales. Esperó aún. Finalmente, hacia la medianoche, un galope de caballo resonó sobre la tierra dura del camino. El hombre pegó la oreja al suelo para asegurarse de que se acercaba un solo jinete, y luego se preparó.

El ulano llegaba al trote largo, portando despachos. Avanzaba, con el ojo avizor, el oído atento. En cuanto estuvo a no más de diez pasos, el tío Milon se arrastró en medio del camino, gimiendo:

«iHilfe! iHilfe! iAyuda, ayuda!». El jinete se detuvo, reconoció a un alemán desmontado, lo creyó herido, bajó del caballo, se acercó sin sospechar nada y, cuando se inclinaba sobre el desconocido, recibió en mitad del vientre la larga hoja curvada del sable. Se desplomó, sin agonía, sacudido solamente por algunos temblores supremos.

Entonces el normando, radiante con una alegría muda de viejo campesino, se levantó y, por puro placer, degolló el cadáver. Luego, lo arrastró hasta la zanja y lo arrojó allí.

El caballo, tranquilo, esperaba a su amo. El tío Milon montó y partió al galope a través de las llanuras.

Al cabo de una hora, divisó a otros dos ulanos que regresaban juntos al cuartel. Fue derecho hacia ellos, gritando de nuevo: «iHilfe! iHilfe!». Los prusianos le dejaron acercarse, reconociendo el uniforme, sin la menor desconfianza. Y el viejo pasó, como una bala, entre los dos, abatiéndolos a uno y a otro con su sable y un revólver.

Luego degolló a los caballos, icaballos alemanes! Después regresó sigilosamente al horno de yeso y escondió un caballo en el fondo de la oscura galería. Allí se quitó el uniforme, volvió a ponerse sus harapos de mendigo y, volviendo a su cama, durmió hasta la mañana.

Durante cuatro días no salió, esperando el fin de la investigación abierta; pero, al quinto día, partió de nuevo y mató a otros dos soldados con la misma estratagema. Desde entonces, ya no se detuvo. Cada noche erraba, merodeaba a la aventura, abatiendo prusianos ora aquí, ora allá, galopando por los campos desiertos, bajo la luna, ulano perdido, cazador de hombres. Luego, terminada su tarea, dejando tras de sí cadáveres tendidos a lo largo de los caminos, el viejo jinete regresaba a esconder en el fondo del horno de yeso su caballo y su uniforme.

Hacia el mediodía, iba con aire tranquilo a llevar avena y agua a su montura, que permanecía en el fondo del subterráneo, y la alimentaba en abundancia, exigiéndole un gran trabajo.

Pero, la víspera, uno de los que había atacado se mantuvo en guardia y le había cortado la cara al viejo campesino de un sablazo.

Sin embargo, los había matado a los dos. Había regresado igualmente, había escondido el caballo y recuperado sus humildes ropas; pero, al volver, le sobrevino una debilidad y se había arrastrado hasta el establo, sin poder ya llegar a la casa.

Lo habían encontrado allí, ensangrentado, sobre la paja...

*
**

Cuando hubo terminado su relato, levantó de pronto la cabeza y miró con orgullo a los oficiales prusianos.

El coronel, que se atusaba el bigote, le preguntó:

—¿No tiene nada más que decir?

—No, nada más; la cuenta está clara: he matado a dieciséis, ni uno más, ni uno menos.

—¿Sabe que va a morir?

—No les he pedido clemencia.

—¿Fue usted soldado?

—Sí. Estuve en campaña, en mis tiempos. Y además, fueron ustedes quienes mataron a mi padre, que era soldado del primer Emperador. Sin contar que mataron a mi hijo menor, François, el mes pasado, cerca de Évreux. Se la debía, y he pagado. Estamos en paz.

Los oficiales se miraron.

El viejo prosiguió:

—Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, estamos en paz. ¡Yo no he ido a buscarles las vueltas! ¡Ni los conozco! Ni siquiera sé de dónde vienen. Se presentan en mi casa y mandan como si fuera la suya. Me he vengado en los otros. No me arrepiento.

Y, enderezando su torso anquilosado, el viejo cruzó los brazos en una pose de humilde héroe.

Los prusianos hablaron en voz baja durante un buen rato. Un capitán, que también había perdido a su hijo el mes anterior, defendía a aquel mendigo magnánimo.

Entonces el coronel se levantó y, acercándose al tío Milon, dijo en voz baja:

—Escuche, viejo, tal vez haya una forma de salvarle la vida, y es...

Pero el hombre no escuchaba y, con los ojos clavados en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba los vellos ralos de su cráneo, hizo una mueca espantosa que crispó su rostro enjuto, surcado por el tajo, e, hinchando el pecho, escupió con toda su fuerza en plena cara del prusiano.

El coronel, trastornado, levantó la mano, y el hombre, por segunda vez, le escupió en la cara.

Todos los oficiales se habían puesto en pie y gritaban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el hombre, siempre impasible, fue puesto contra el muro y fusilado, mientras dedicaba sonrisas a Jean, su hijo mayor, a su nuera y a los dos pequeños, que miraban, sobrecogidos.

FIN

1. [El viejo Milon - Guy de Maupassant](#)
2. [El viejo Milon](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB